

detener á los romanos en su persecucion: el Catolicismo ha sembrado otra cosa muy superior al oro, la virtud á manos llenas en los diez y ocho siglos que ha recorrido; y si ella no detiene á sus enemigos, es porque estiman tan poco la virtud como la verdad.

Despues de esto, poco importa que ciertos visionarios de nuestra época hayan exclamado: solo la madre sabe educar; el sacerdote no hace más que absolver. Esto es un miserable juego de palabras que en vano tiene la pretension de decir alguna cosa; las visiones de semejantes profetas no prevalecerán contra la historia, pues el testimonio veridico de ella es este: sin la influencia del sacerdote, la pureza es un mar tempestuoso que nadie atraviesa sin sufrir deplorables naufragios; sin el sacerdote, lo repito, no hay inocencia bien conservada; y cuando la encontréis en cualquier parte que sea, examinadla bien, y hallareis que es un sacerdote el guardian de esta bella prerogativa. Se nos ha citado el testimonio de la mujer; pues bien, tambien yo invocaré el testimonio de la santa guardiana del hogar, y este testimonio será otra prueba de la virtud de los sacramentos; apelo al corazon de todas las madres.

Examinemos la moralidad en el estado de degradacion, cuando tiene necesidad de ser restaurada.

Es fácil degenerar, vosotros lo sabeis, pero muy difícil remontar los abismos despues que á ellos se ha descendido; y entónces, nada más triste que el espectáculo de una voluntad engañada por sus propias fuerzas, luchando por el bien, é implacablemente abatida por el mal. Hay, en efecto, hombres que han caido del lado á que se inclinaban, naturalezas falseadas por la costumbre, que por instinto sueñan en el ideal de la virtud, y por debilidad llegan á la degradacion: teatro de una lucha penosa como el seno de Rebeca, en que dos séres combaten sin cesar, pero donde el ángel es perpétuamente derribado por el hombre. Es que para caer basta ser hombre; pero, para levantarse, se necesita una fuerza superior. Despues de haber permanecido algun tiempo en el mal, tratad de ponerlos en pié sin auxilio sobrenatural, y en el instante una voz de lo alto viene á deciros con toda la autoridad del Evangelio: sin mí, vanos serán tus esfuerzos. *Sine me nihil potestis facere*. Dueños del mundo, podeis hacerlos obedecer de él á vuestro grado; pero no podreis hacerlos obedecer de vuestra carne por espacio de un solo dia. Del mismo modo, tratad de pasaros sin Dios, y aunque intenteis volver á él con nobles sentimientos, llevareis una vida miserable, fluctuareis entre el cielo y el infierno, empujados como verdaderos juguetes hasta el dia en que Dios cubra de cabellos blancos ese organismo que se abrasa, y os vuelva

á los senderos de la virtud, no por sacrificios, sinó por hastío.

Entretanto, predicad la moral á vuestros hijos; los hombres verán la enseña; pero yo, que conozco la realidad, voy á explicárosla: *Videte omnia quæ apparent*. ¿Cómo sacar de esta degradacion una moralidad? No pidamos nada á la naturaleza que, debilitada en la lucha, y tal vez perdida toda esperanza, ha proferido esta blasfemia histórica: «Oh virtud, tú no eres más que una mentira!» Ved tendido en su lecho, como el Ciego del Evangelio, á este infeliz con sus incurables pasiones, acusando ora á su temperamento, ora á las ocasiones, y hasta á la Providencia, reducido al más horrible de los excepticismos, que consiste en dudar de sí mismo, y, por consiguiente, de la virtud y del deber. Está reconocido que ningun recurso natural puede servirle. ¿Qué tratamiento emplearemos para su curacion? No háy otro que el sobrenatural. Haced que se confiese y comulgue con frecuencia si quereis que esa moralidad espirante, sobre la cual seis mil años de progreso han arrojado en vano su filosofía, vuelva prontamente á la vida. No os sonriais; venid, llegad y dejad que obre la gracia. Algunos disertan sobre vuestras ruinas; nosotros, con los sacramentos, nos encargamos de hacerlas palpitantes; hay quienes os explican el movimiento, y nosotros, con los sacramentos, nos encargamos de dárosle. ¿No habeis percibido que, del ministerio del sacerdote, como de la túnica de Nuestro Señor, emana cierta virtud secreta, y que donde quiera que vaya, la sombra del confesor, semejante á la de San Pedro, hace todavía milagros? No os desesperéis porque vuestra iniquidad es inveterada; Naaman curó, lavándose siete veces, y nosotros os bañaremos en tantas abluciones, que despues de algun tiempo no os reconocereis vosotros mismos. De rodillas, pues, y dejad de lamentar vuestros pecados. San Pablo, poco despues del bautismo, exclamó: *Todo lo puedo en aquél que me conforta*. San Cipriano, tan pronto como hubo recibido el bautismo, sintió disiparse sus dudas, y pareciole fácil lo que tenia ántes por imposible. San Agustin, sacudiendo veinte años de sensualismo á que se habia entregado en su juventud, abraza la perfeccion, se lanza á prodigiosas alturas, siempre iluminado por el génio; pero, solicitado por las pasiones. Dios túvole, durante treinta años, suspendido entre el cielo y la tierra, como un milagro en favor de la gracia, y á una pródiga juventud sucedió una madurez de serafin.

Me complace en citaros este ejemplo de Agustin, porque hay en ese tierno recuerdo un encanto piadoso que dice al pecador: «Misericordia y confianza.» No me respondais: ¡es imposible! Las pasiones, aún las más arraigadas, no rujén continuamente; la resistencia que oponen no dura más que una hora, y dichoso el que sabe ser pru-



dente en ese momento supremo! Feliz, sobre todo, el que ha encontrado por la confesión un seno amigo sobre el cual reclina su cabeza, porque bien pronto el vértigo se habrá disipado. ¿Es imposible? ¡Ah! si así fuera, no arrastraríais tan dolorosamente ese amargo disgusto de vosotros mismos, porque la conciencia, que es como una aplicación, y un eco de la verdad divina, no nos reprende nunca el mal que no hemos cometido. ¿Es imposible? Si, lo es con vuestras propias fuerzas; pero pensad que van á ser duplicadas, centuplicadas por la fuerza de Dios! La Escritura nos dice, que con su fuerza hace marchar los siglos; que con una mirada destruye los imperios culpables; que poniendo su pié sobre el eje del mundo, hace que el Océano cubra las más altas montañas. Dijo al templo, como dice la Escritura: *Tú te levantarás, y fué obedecido.* Dijo á Jerusalem: Tú te mantendrás en pié, y su orden se ejecutó. ¡Dios mio! perdonad á esos cristianos de poca fe que, olvidando vuestros milagros, se desesperan en el fondo de su iniquidad inveterada, como si Vos no hubierais jamás curado los tullidos y resucitado los muertos. No digais pues, hermanos míos, esto me es imposible, ni aún con la práctica de los sacramentos; y mucho menos: esto me es posible, sin prácticas sacramentales. Lo primero sería una debilidad, y lo segundo un farisaismo culpable. Cualquiera, en efecto, que pretenda adquirir la moralidad cristiana sin practicar sus medios, dá un mentís á Jesucristo. Tened cuidado; si fuera cierto que el hombre pudiera ser verdaderamente moral, esto es, producir actos al nivel de su conciencia, sin auxilio alguno sobrenatural, tendríamos que Jesucristo hubiera sobrecargado el culto público con un ceremonial inútil. Guardaos bien de atribuir un absurdo al Evangelio. El mérito del Cristianismo no consiste solamente en su verdad, sino también en sus virtudes. Solo con dos medios se le podrá destruir; el primero, probando su falsedad; y el segundo, demostrando que sin él se puede llegar á una incontestable santidad. Por consiguiente, cuando en cierto modo canonizais vuestra vida, porque no habeis faltado en ella á la honradez, pronunciais, no solamente una ridícula apoteosis, sino también una espantosa negacion.

En fin, voy á examinar la moralidad en el estado de heroismo.

Si no me engaño, los tres caracteres más notables de la moralidad pública, están representados por esos tipos de sacrificio que se llaman el sacerdote, la virgen y el mártir. ¡Pues bien! Desafío á toda doctrina, á toda religion que no tenga en su socorro la influencia sacramental, á que produzca sacerdotes, vírgenes y mártires.

Primeramente, consideremos al sacerdote en su ideal; es una exis-

tencia destinada, por la unción santa, á toda clase de sacrificios, semejante á las víctimas, cuya frente en la antigüedad se marcaba en el vestibulo del templo para el sacrificio del siguiente dia. El sacerdote es un sér á quien dice la Iglesia al consagrarle: «*quédate con tus méritos; pero tu vida es mia, y me serviré de tu sangre, si es necesario, para remediar la primera calamidad pública. Vé, y pasa como un bienhechor por entre las iniquidades de la tierra. Has hecho voto de castidad, propágala por todas partes; debes ser santo, que tu palabra pues, produzca otros santos. Aunque tengas que vivir y morir solo, guárdate de escoger una tumba en ningun lugar determinado; porque á la manera que el ángel elevó al profeta á su voluntad, quiero yo poder arrancarte de donde te halles y arrojarte en medio de las ciudades ó en las aldeas, en el seno de la antropofagia ó de la civilizacion, para hacerte espirar oscuro, ó célebre, cuando me convenga.*»

Tal es el sacerdote en su ideal; como el Catolicismo nos lo ha revelado siempre, y tantas veces lo ha producido. ¿Con qué reglas se forman estos robustos temperamentos? ¡Ah! para semejantes heroismos es preciso el pan de vida, como nos dice la Escritura; ¿y de dónde se saca este pan? De los sacramentos. Examinad el sacerdocio en las religiones que carecen de sacramentos, y vereis que es una explotación legal que esquila los rebaños, pero que no ama á sus ovejas; que recibe siempre, y casi nunca dá. Ved particularmente el protestantismo. Sus ministros son unos profesores como tantos otros, que dán sus lecciones cada ocho dias, mediante una gran retribucion; unos jefes de familia, que sostienen á sus mujeres y dotan á sus herederos con los despojos del templo; unos funcionarios, en fin, perfectamente dotados, que llevan la adhesion de su cargo, no hasta la muerte, sino hasta la hora de comer, y que en tres siglos de propaganda, no han derramado una sola gota de su sangre.

Si, pues, suprimis los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, cesará al punto de brotar la fuente del sacrificio sacerdotal. Nosotros sentimos que es del altar de donde desciende la fuerza que nos sustenta, y un dia sin comunión, es para nosotros como una suspension de la sávia que nos sostiene, y esta privacion nos deja cierta incomodidad en el alma y cierto cansancio en los movimientos. Sin la sangre de Jesucristo no habria uno entre nosotros que afrontara la muerte por su prójimo con magnanimidad.

Pero en tanto que haya pan en el tabernáculo, pueden abrirse de nuevo los anfiteatros; no por eso nuestros corazones desfallecerán; en tanto que el Señor descienda sobre los altares, nos atreveremos á



decir sin presuncion alguna: ningun peligro nos asustará; ni los apestados, ni los verdugos nos esperarán en vano.

La virginidad es una especie de encarnacion del ángel en el hombre, es como una transfiguracion de la materia que parece crear gerarquias intermediarias entre los habitantes de la tierra y los del cielo. ¡Santa poesia de la virtud; que dá el amor y la fuerza con su ejemplo, y que preserva la moralidad del pueblo con sus gratas emanaciones, semejante á esos aromas esparcidos por la atmósfera, que bastan para expulsar el contagio? No blasfemeis de su grandeza, porque seria retroceder mas allá del paganismo. Los emperadores romanos, que habian hollado con sus piés todas las majestades de la tierra, se detenian ante las vestales para cederles el paso. ¿Seria retroceder hasta más allá de la razon? Id á un hospital, examinad, contad esas sublimes criaturas, á quienes la esperanza, la caridad y la misericordia han dado su nombre, y á las que los más grandes miserables de este mundo tienen el derecho de llamar *hermana mia*, y comprendereis que todo eso es sagrado, no solamente ante la fe, sino ante la razon.

¿Y cuál es el grano que hace germinar, cuál el pan que dá vida á las vírgenes? Los sacramentos. El protestantismo, que no tiene la sangre de un Dios para extinguir el fuego de la concupiscencia, ni el cuerpo del Salvador para purificar la carne humana, ha llenado de millones las cajas bíblicas, pero no ha conseguido formar una Hermana de la caridad perfecta; si tiene vírgenes lo son por fuerza y no por amor; si tiene alguna vestal, es bajo cerrojo, guardada por el orgullo ó por la ley. Pero ángeles como los nuestros, que tienen sobre los del cielo la ventaja, no solamente de sufrir, sino tambien de morir cuando es preciso; criaturas inefables, que abandonan sus padres para atender á un extraño cubierto de llagas; que pasan su vida sonriendo dulcemente á los desgraciados, para que su corazon lo mismo que su cuerpo reciba alivio; que han abandonado sus galas, para que al pobre no le cause pena carecer de ellas; que abrazan la pobreza, para persuadir que ésta es amable; esos ángeles de la vida cristiana, no se encuentran alrededor del orgullo que dogmatiza, ni de la cátedra que hace ruido, sino solamente al pié del altar católico, donde encuentran la carne que les dá vida: *Ubi fuerit corpus, illic congregabuntur aquie*.

La impiedad, que niega tantas verdades, no se atreve á negarnos ésta; reconoce que la virginidad no puede crecer bajo la influencia filosófica, porque ésta dice á toda virtud sacerdotal que se presenta: «Eres una impostura.» A toda virgen del Señor: «Eres un imposi-

ble.» Y á todas las existencias consagradas á Dios: «Tened cuidado, que haremos leyes contra vosotros.» No, no es impostura de nuestra parte, sino impostura y perversidad de la vuestra. Lo que es imposible con principios enfáticos, es perfectamente posible con la confesion y la comunión. En fin, habláis de crear nuevas leyes contra nosotros; pues bien, aquel dia habrá ciertamente rebeldes; y aunque el despotismo domine sobre la tierra, hay una libertad que no puede ser quebrantada, cual es la de hacer el bien, no hasta donde se quiera permitir, sino hasta donde Dios ordena.

Ahora, examinemos otro tipo, y decidme si el martirio no es tambien imposible sin la influencia sacramental. Nada más ordinario entre los hombres, que el valor de verter su sangre con cierto placer; morir con la espada en la mano, maldiciendo á su enemigo, es un valor vulgar. ¿Pero, habeis reflexionado sobre el valor sublime é inimitable del mártir religioso? Morir, en efecto, con una muerte buscada, como la fortuna, á la otra extremidad del universo; morir con la frente descubierta y el brazo desarmado; morir con el reconocimiento en el alma y la ternura en la mirada, es un ideal de un heroismo, que nunca error alguno ha tratado seriamente de imitar. Hay entre nosotros opiniones que se alaban de haber tenido sus mártires; pero éstos, caian sobre la arena con el furor pintado en el rostro y sangre en las manos. Ved por el contrario á uno de nuestros mártires; tiene un ramo de olivo en su mano en este momento supremo, y espira dulcemente, bendiciendo á sus ovejas y perdonando á sus verdugos. Tal es la diferencia. ¿Quién dá la fuerza á esos hombres que se arrojan á las panteras, á esas vírgenes que se dejan cortar la cabeza, á esos niños que, hasta en los dolores de la agonía, van repitiendo: soy cristiano, soy cristiano? ¿De dónde les viene este valor? De los sacramentos. Lo mismo que Bayardo solicitaba la bendicion del sacerdote, á la víspera de una batalla, así los mártires se agrupaban para recibir la bendicion de los ministros del Señor, la víspera de los dias de circo. Su último banquete era la comunión en el silencio de las catacumbas; y despues, al presentarse en la arena, los procónsules, asombrados, se preguntaban, de dónde habian salido aquellos hombres tan valerosos. Los gladiadores estudiaban el arte de caer con gracia; los mártires caian con la inadvertencia del éxtasis; y si el paganismo hubiera buscado en sus heróicos pechos el secreto de semejante valor, hubiera encontrado la santa Eucaristía todavía palpitante.

Por última vez, os pregunto: ¿dónde están los competidores, los que pretenden disputarnos el premio de la fuerza que sabe morir con



tanta tranquilidad y valor? La religion de los filósofos se presenta, pero esas gentes, bien lo sabeis, no son capaces de arrostrar el mal tiempo para propagar sus doctrinas: ambicionan palmas académicas, pero no una palma ensangrentada.

La religion de Mahoma enseña á morir matando: el musulman, es un soldado como los otros, con el fanatismo de más, pero no un mártir.

Dirigios, por fin, al protestantismo; y vereis que cuando se trata del testimonio de la sangre, permanece mudo. Fresco y bien conservado, como un gentleman inglés, si se le exige un sacrificio, llevará su mano á una caja biblica. En vano registrareis su historia; no encontrareis en ella ni una memoria escrita con los instrumentos de suplicio; inútilmente removeréis sus cenizas, imposible os será hallar un solo verdadero epitafio de mártir. Desde que han negado la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, Jesucristo les ha negado la gracia de derramar por él su propia sangre.

Por otra parte, si echamos una rápida ojeada sobre las cosas contemporáneas, encontramos esta confesion implícita, en la última palabra de las doctrinas filosóficas. Desesperada de su impotencia, la filosofia ha dicho: Neguemos la moral, y cesará de existir la inmoralidad; santifiquemos el placer, y desaparecerán los vicios, y así habremos formado, de la legitimidad de los goces, el primer artículo del Decálogo futuro; entónces, ninguna religion nos dominará, porque tendremos sobre ella la ventaja de la audacia y del sofisma, y ninguna poseerá la de la virtud. Es esto una confesion implícita de la virtud de los sacramentos. Dirijamos, de paso, una mirada de reprobacion á esa gran iniquidad del pensamiento humano, y miremos como un trofeo de la verdad esta vergonzosa capitulacion del error.

Los medios de regeneracion que os propongo están á vuestro alcance; ahí teneis la Iglesia, el confesonario y el sacerdote. ¡Oh ciegos Naaman! ¿desdeñariais mi teoría del bien porque ella no tiene nada de extraordinario? ¿Desdeñariais lavaros en el Jordan, porque es un rio de vuestro país? Hace muchos años que torturamos la naturaleza y el arte para proporcionarnos suaves emociones, y nada hay más suave que el júbilo de un alma en el dia de su resurreccion espiritual. Al hombre que se despierta de improviso con la inocencia perdida desde largo tiempo, el Señor le concede algo de la alegría de Adan al abrir por primera vez los ojos en el Eden. Contempla su carne, y la halla pura como la de un niño: mira detrás de él, y no ve más que la misericordia de Dios cubriendo todo su pasado: reconoce su sér, y siente una existencia nueva que circula por todas sus venas.

¡Dios mio, que vida tan suave, cuando se tiene el corazon puro! Vosotros habeis sufrido y luchado con virtuosas resoluciones, que hacen la fuerza del hombre; yo os aseguro, y podeis ensayarlo, que sufrireis ménos luchando con absoluciones y comuniones que son la fuerza de Dios. Además, hermanos míos, acordaos de la bella fiesta con que serán recompensados los que, venciendo á sí mismos, tomen esta resolucion. Recordad el aspecto que ofrece una mañana de Pascuas, bajo las bóvedas de nuestros templos. Allí se verifica uno de los más bellos espectáculos de fraternidad que puede alumbrar el sol; millares de hombres de todas clases y condiciones, están sentados participando del mismo festin; el político al lado del artesano, el hombre de ciencia junto al humilde hijo del pueblo, el magnate al lado del soldado; los extremos de la vida social que no se tocan nunca, los antípodas del rango y de la fortuna que no se encuentran juntos en ninguna parte, están allí confundidos, comiendo el mismo pan, y murmurando la misma plegaria... Hé ahí el magnífico banquete á que estais invitados á la terminacion de estos ejercicios. Y vosotros, entusiastas de la concordia, que soñais tal vez en una fraternidad quimérica, acudid á la cita que os doy, la única en que podreis encontraros reunidos sin confundiros y sin desconoceros? Pensad que si así no lo haceis, cuando los reflejos de esta fiesta inunden tantos otros hogares, el vuestro permanecerá triste y sombrío, Cuando otras mujeres, casadas y doncellas, hablarán de su felicidad, las vuestras se verán reducidas á devorar sus lágrimas en silencio. Y cuando otros hombres tomarán de nuevo el fardo de la vida con sus fuerzas rejuvenecidas, vosotros cargareis con el peso de vuestra vergüenza, de vuestras cadenas y de vuestros recuerdos.

Encarecidamente os suplico, que no desoigais las advertencias de la conciencia, ni los consejos inspirados por el celo apostólico. ¡Ah! lo que me aflige es no poder triunfar de vuestra frialdad, á pesar de mis esfuerzos en perseguiros con amor hasta el camino criminal por donde intentais escaparos por la indiferencia. Puesto que otra cosa no puedo hacer, ruego al Señor que os trate, no segun vuestros méritos, sinó segun la tierna piedad que me inspirais, y que triunfando un dia de vuestra dureza, os haga dignos de la gloria que os deseo.